



entrevista

Por
**LLORENÇ
CAPELLÀ**

Magdalena Gelabert, pasión alcoveriana

Contagia a quien le escucha su entusiasmo por la palabra. Y por las apuestas imaginativas. Por la vida, en suma, en sus múltiples expresiones culturales. Magdalena Gelabert (Manacor, 1964) se licenció en Filología catalana (UIB, 1987) y ha publicado un poemario, 'Dona sàpiens' (2012), y diversos libros de temática alcoveriana. Desde 2004 dirige la Institució Pública Antoni Maria Alcover.

Fotos **TERESA AYUGA**



e pregunto cuándo y cómo se origina su pasión por mosén Alcover. Me responde:

— Probablemente en la niñez. Después de comer, nuestra madre nos leía una rondalla del tomo IV. ¿Por qué del tomo IV...? Era el único que había en casa. La recuerdo leyéndonos *En Pere de la Bona Roba, Es jai de sa barraqueta...* Posteriormente compramos la colección completa. ¡Qué gozada! Mi hermano y yo nos vigilábamos mutuamente. Si él cogía un tomo determinado, yo deseaba leerlo al mismo tiempo y viceversa.

¿Qué le maravillaba de las rondalles?

— La fantasía. Las hay de una imaginación desbordante. Y el vocabulario. Además, antes de los años ochenta constituían el único contacto de muchos mallorquines con la lengua escrita. El pasado se olvida fácilmente. ¡Pero nuestra lengua estaba proscrita! Aprendí catalán, con trece años, en unas clases de participación voluntaria fuera del horario lectivo. Eso sí: ya recitaba de memoria *Lo pi de Formentor*, porque el profesor de literatura, don Joan Barceló, era un apasionado de Costa i Llobera... Entre el placer por la lectura y la rebelión ante un sistema que marginaba nuestra lengua, decidí que mi futuro



«HE APRENDIDO A OLVIDAR LAS COSAS QUE ME DESAGRADAN Y ASÍ TENGO MÁS TIEMPO PARA LAS OTRAS, LAS QUE ME HACEN FELIZ»



«El pasado se olvida fácilmente»

tendría que estar relacionado con las humanidades.

¿Así de claro?

— Sí. Aunque todos los consejos y comentarios del entorno familiar me empujaban hacia las ciencias. ¡Había y hay tantos prejuicios...! Ya sabe: los listos para ciencias y los mediocres para letras. Fui una buena estudiante e iba para bióloga. No obstante, en COU cambié. Me matriculé en Filología. No me he arrepentido ni un instante.

¿El interés de mosén Alcover por las rondalles...?

— Empezó en Santacirga, una *possessió* de Manacor en la que sus

padres estaban de aparceros. Se las contaban los porqueros, los gañanes, las jornaleras... Aún siendo un niño, comprendió que tras aquellas historias y más allá de las palabras afloraba un sentir y una forma de ser capaz de configurar el alma de un pueblo. De este conjunto de sensaciones absorbió su energía. La tierra se la daba.

De nacer ahora se habría entretenido con los videojuegos.

— No sé. Tal vez no le hubieran interesado. En casa no tenemos ni tele.

¿Y sus hijos?

— Si ven algún programa en casa de mi madre me dicen que no la necesi-

tamos para nada. Nosotros leemos, conversamos, refinos... ¡Hay tantas cosas interesantes por comentar! He aprendido a olvidar las cosas que me desagradan y así tengo más tiempo para las otras, las que me hacen feliz, las que me enriquecen o de las que aprendo.

¿Fuera rencillas, odios pasajeros...?

— Suponen malgastar el tiempo. Positivo la vida. Y duermo de un tirón.

Mosén Alcover dormía poco.

— Porque es un caso de vitalidad muy poco común. Se metía en la cama cerca de medianoche y se levantaba a las cuatro y media de la madrugada. ¡A las cinco ya oficiaba la misa del alba...! Estudiaba inglés, francés, italiano, alemán...

¿Se enamoró alguna vez?

— Gabriel Janer Manila sostiene que sí, aunque no afirma si su amor fue únicamente platónico. Yo creo que consumía toda su energía en el trabajo. Si incluso, durante la comida, Joan Riutort, su amigo y administrador, le leía en voz alta el contenido de las revistas de tema filológico que acababa de recibir... Además, si hubiera tenido amores no habría sabido disimularlo porque era de una claridad sorprendente. Pese a ser un polemista nato carecía de malicia. Y se entregaba al trabajo en cuerpo y alma. Todo esto supo verlo Pere Joan Campins, un obispo aperturista, moderno.

Lo nombró vicario general.

— A eso iba. Antoni Maria Alcover identificaba Mallorca con el mundo rural, conservador y tradicionalista. Pero aún así, estando en las antípodas de su forma de ser, Campins quiso darle protagonismo en la diócesis. La razón es muy sencilla: Alcover no iba a engañarle. Era de los de al pan, pan, y al vino, vino. Carecía de mano izquierda.

Digasele a Pompeu Fabra.

— ¡Y a tantos otros! Su militancia integrista le llevó a criticar de manera despiadada a los protestantes, a la escuela laica, a la masonería... Fabra no iba a ser una excepción, aunque sus roces iban más allá de las discrepancias lingüísticas. Uno y otro representaban realidades sociales opuestas.

— Antoni Maria Alcover llegaba al Institut d'Estudis Catalans oliendo a tierra, con sus ademanos payeses y sus prisas por ir al grano en los debates filológicos. Fabra, en cambio, era un ingeniero, un señor de despacho, de modales urbanos... ¿Y qué le diré de Josep Carner? ¡Si vestía como un diplomático...! Diciéndole esto solo quiero remarcarle que aquellos señores y él entendían la vida de manera muy diferente. No obstante, en cuestiones filológicas; que es donde algunos políticos ponen el acento con fines mezquinos, acabaron por entenderse.

Mosén Alcover no negó la unidad lingüística.

“

«ES CIERTO QUE ALCOVER FUE INTOLERANTE, POLEMISTA. PERO SI NO HUBIERA TENIDO ESTE CARÁCTER EXPLOSIVO PROBABLEMENTE NO HABRÍA CULMINADO SU GRAN OBRA FILOLÓGICA Y RONDALLÍSTICA»

— Jamás. En el Congreso Internacional de la Lengua Catalana, de 1906, participaron 3.088 expertos. ¡Todo un éxito! Y él, Antoni Maria Alcover, lo organizó y lo presidió. En 1907 participó en la creación del Institut d'Estudis Catalans y dirigiría, más adelante, la sección filológica. Y en 1913 fue uno de los que avalaron con su firma la publicación de las normas ortográficas.

¿Qué me dice de su cacareado espionaje a favor de Alemania durante la Gran Guerra?

— Que fue un rumor absurdo. Sentía una profunda admiración por Bernhard Schödel, uno de los más prestigiosos lingüistas de la época. Y esta admiración la extendía a todo lo alemán. Se identificaba con sus valores. El orden social, la capacidad de trabajo, la industrialización, el progreso... Ello hizo que defendiera a trancas y barrancas Alemania frente de una Francia que simbolizaba la moral caduca, el libertinaje.

La Francia que Gabriel Alomar consideraba el paradigma de las libertades.

— Anduvieron media vida a la greña. Pero se dice que del amor al odio y viceversa hay un paso. Si hubieran dialogado en vez de dedicarse pullas envenenadas, igual habrían descubierto, el uno en el otro, motivos de admiración... Es cierto que Alcover fue intolerante, polemista, etcétera. Pero si no hubiera tenido este carácter explosivo probablemente no habría culminado su gran obra filológica y rondallística. Las rondalles le situaban a la altura de Andersen o de los hermanos Grimm.

¿Y el Diccionari...?

— Es una obra única. Ninguna lengua europea posee un tesoro semejante. Lo considero un festival de palabras, de fonética, de particularidades de todo el territorio... Dígame qué significa *barrela*.

Ni idea.

— Se lo digo. Es un vocablo que únicamente se usa en Calonge. ¡Y signi-



Magdalena Gelabert ha publicado un poemario, *Dona sàpiens* (2012), y diversos libros de temática alcoveriana.

fica barrera! Esta minuciosidad o esta voluntad de llegar al último rincón de la lengua viva no es propia de todos los filólogos... ¡Ni el doctor Coromines llegó tan lejos! Alcover sabía que la lengua era tierra, sangre, vida.

A través de la palabra quería llegar a la esencia del pueblo.

¿Qué le queda, a usted, por estudiar de su obra?

— ¡Tanto y tanto...! Es inacabable. Estoy trabajando en mi tesis docto-

ral. Le avanzo el título: *La figura de la dona a les rondalles mallorquines d'Antoni Maria Alcover*.

¿Por qué evita llamarlo mosén?

— Porque la condición eclesiástica puede empalidecer su grandeza co-

mo científico e intelectual. A mí me fascina el payés de Santacirga que amó las palabras.

¿Qué visión de la mujer encuentra en las rondalles?

— Positiva, exceptuando *Ses dones bambes* y divagaciones en torno a "com és que ses dones tenen més poc cervell que ets homes". ¡Son anécdotas! Tenga en cuenta que en una sociedad matriarcal como la catalana, la mujer juega un papel relevante. Hay separación de bienes, nada que ver con aquello de la maté porque era mía... Y en las *rondalles* la *madona* es quien consigue engañar al *Dimoni*, quien guarda la llave de la despensa y cuida de la economía familiar.

Usted le quiere.

— ¿A quién...?

A mosén Alcover.

— Como deberíamos quererlo todos. Entiéndame: de un modo u otro el reconocimiento popular hacia su obra existe. No obstante, las anécdotas, a veces, han empalidecido lo gigantesco de su figura. Hasta 2001 su retrato no figuró en el Institut d'Estudis Catalans.

¿Está diciendo que institucionalmente se le ha menospreciado?

— ¡No! Digo que ha sido un personaje controvertido. Aún así, se le hace justicia. El Institut ya ha digitalizado el Butlletí del Diccionari, el Diccionari... Mentiría si dijera que no se le otorga la relevancia que merece.

Apuntes del natural

La historia de un museo

La Institució Pública Antoni Maria Alcover es un espacio museístico de Manacor (c/ Pare Andreu Fernández, 12) donde se expone el material creativo y de investigación del autor del *Diccionari*, a la vez que se promueve su estudio. La iniciativa del museo partió del Ajuntament de la ciudad, siendo alcalde Miquel Riera Servera (ALM). Fue en 1999. Sin embargo, no sería hasta 2003, ya gobernando Antoni Pastor, por aquel entonces en el Partido Popular, que se procedería a la permuta de un solar municipal por Can Socorrat, un caserón de mediados del siglo XIX que estaba a punto de ser derruido para ser

sustituido por un súper. Can Socorrat o Can Blanquer era el edificio ideal para albergar el museo. Pero retrasaba su apertura el coste de las obras de acondicionamiento. El *impasse* se superó en 2006 cuando Gabriel Janer Manià, en nombre del Institut d'Estudis Balearics, decidió hacerse cargo de ellas por un montante de un millón seiscientos mil euros. La remodelación duraría cerca de ocho años, ya que la reforma no quedó lista hasta el pasado septiembre. El resultado es una puesta a punto didáctica, estética y rigurosa del universo alcoveriano. El espacio museístico se divide en dos áreas. En la primera se recoge todo lo que hace referencia al *Diccionari* (correspondencia, documentos, mapas de viajes, etc.). La segunda, está dedicada al mundo fantástico de las *ronalles*. Abre sus puertas a diario. Y las visitas guiadas pueden concertarse a través del teléfono 662 320 444.

